

# Históricas Digital

“Introducción. Escribir una historia espacial del México moderno”

p. 19-38

Raymond B. Craib

*México cartográfico*

*Una historia de límites fijos y paisajes fugitivos*

Rossana Reyes (traducción)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas, Instituto de Geografía,  
Centro de Investigaciones sobre América del Norte

2013

368 p.

Ilustraciones y mapas

(Serie Historia Moderna y Contemporánea 64)

ISBN 978-607-02-4779-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 22 de enero de 2019

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/608/mexico\\_cartografico.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/608/mexico_cartografico.html)



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## Introducción

### Escribir una historia espacial del México moderno

La geografía nada tiene de inmutable;  
se hace, se rehace a diario;  
a cada instante es modificada  
por la acción del hombre.

ÉLISÉE RECLUS, *L'homme et la terre*

En 1985, en el momento culminante de la firma del Acuerdo General sobre Acuerdos Arancelarios y de Comercio (GATT, por sus siglas en inglés), el presidente de México Miguel de la Madrid propuso una ambiciosa empresa: la creación de un catastro rural general completo, con mapas de terrenos, cada uno a una escala de 1:50 000. El proyecto, que se proponía en parte esclarecer las fronteras y posesiones de los numerosos ejidos de México (concesiones de tierra inalienables otorgadas por el Estado a las comunidades), demostró ser más ambicioso de lo imaginado y pronto se abandonó. Las difíciles circunstancias del país tuvieron algo que ver con la renuncia a la empresa, pero también la complicada realidad agraria que, en parte, había sido el impulso original del proyecto. Al igual que las administraciones anteriores, los funcionarios federales se toparon con una importante disparidad entre lo que aparecía en los registros supervivientes de concesiones de tierra y lo que existía en el terreno. A lo largo de los setenta años anteriores, las tierras ejidales habían sido vendidas, rentadas, divididas y ocupadas ilegalmente; diferentes solicitantes habían recibido las mismas tierras en concesión; los ejidatarios habían emigrado y otros habían asumido

la posesión de sus tierras, y las tierras asignadas a una comunidad en un municipio se encontraban en tierra bajo la jurisdicción de otro.<sup>1</sup> Una serie de actos cotidianos, una economía subterránea imparable, frustraron los esfuerzos del gobierno para desempeñar una de las tareas primordiales del Estado moderno: registrar y regular la propiedad inmueble y asumir el control sobre el espacio del Estado.

El fracaso de los esfuerzos de De la Madrid es tanto más notable debido a que la forma en que ocurrió la concesión de tierras ejidales tras la Revolución mexicana había sido a su vez un intento por superar esta opacidad en las propiedades. Estas administraciones posrevolucionarias procuraron, en su momento, solucionar esa especie de ambigüedad espacial que había asolado a sus predecesores: los constructores liberales del Estado del siglo XIX que intentaron dividir las tierras comunales, instituir un régimen de propiedad de pleno dominio, atraer la inversión extranjera y resolver los conflictos de tierras entre pueblos, municipios y estados. Aunque tal vez De la Madrid no lo supiera, cuando ordenó la creación de un catastro completo, volvió a poner en escena ese drama tan común en la historia mexicana: un drama espacial de paisajes fijos y fugitivos.

### Espacios escénicos

La historia del Estado moderno mexicano está unida estrechamente al espacio que ha ocupado y además ha producido activamente. El presente estudio examina una dimensión en particular de esa historia y relación: los procesos impugnados, dialécticos y sociales (no solamente técnicos) mediante los cuales los exploradores, agrimensores y cartógrafos intentaron definir, codificar y naturalizar el espacio en cooperación y sumando su esfuerzo al de la gente que encontraban en el campo. En su análisis de *longue durée* (larga duración) de la formación del Estado inglés, Philip Corrigan y Derek Sayer argumentan que la creación de la abstracción moderna del Estado político es un proceso de normalización y naturalización, “que de hecho son premisas

<sup>1</sup> Cambrézy y Marchal, *Crónicas de un territorio fraccionado*, 133-134, 157. También véase Nuijten, *Power, community, and the State*.

ontológicas y epistemológicas de una forma particular e histórica del orden social”.<sup>2</sup> En otras palabras, sugieren que el proceso de formación del Estado es en parte un proceso de “definición, mapeo [y] denominación de la ‘realidad’ ”.<sup>3</sup>

En lo que sigue, tomaré literalmente esta afirmación, analizando las rutinas cartográficas con las que se produjeron e hicieron naturales tanto el Estado mexicano como el espacio que éste ocupa. Las metáforas espaciales y cartográficas (“mapas” y “espacio” son ejemplos conspicuos) han ganado una preeminencia generalizada en una serie de disciplinas académicas. Su aplicación es elogiosa en la medida en que *puede* reflejar un aumento en la sensibilidad al espacio en la teoría crítica. Sin embargo, hay un peligro real de que la proliferante promiscuidad metafórica pueda dar a estas palabras poco más que una trivialidad en boga, despojándolas de cualquier significado crítico. Peor aún, ese uso poco crítico puede implicar inadvertidamente que ambos, espacio y cartografía, son ellos mismos transparentes y neutrales.<sup>4</sup> Aquí hay algo más que una suave ironía, dados los esfuerzos coordinados realizados recientemente por los académicos para derrumbar tales nociones positivistas del espacio y los mapas. Según sus agudos comentarios, una preocupación abrumadora por el proceso y el progreso privilegia el tiempo (y su manifestación institucional, la historia) como la dimensión del compromiso crítico ante el espacio (y su manifestación institucional, la geografía).<sup>5</sup> El espacio tiende a ser percibido como una

<sup>2</sup> Corrigan y Sayer, *The great arch*, 4.

<sup>3</sup> *Ibid.*, 141-142.

<sup>4</sup> Véanse algunas advertencias en Neil Smith y Cindi Katz, “Grounding metaphor: towards a spatialized politics”, y Mitchell, “Different diasporas and the hype of hybridity”, 533-553. También véase Turnbull, *Maps are territories*. Aunque no deja de ser problemático, el uso consciente y estratégico de las metáforas espaciales es característico del estilo de Althusser y de Foucault. Véanse Althusser y Balibar, *Reading Capital*, y Foucault, “Questions of geography” [el original en francés está en internet: “Entretien avec Michel Foucault”, en [www.ronai.org/spip.php?article35](http://www.ronai.org/spip.php?article35)].

<sup>5</sup> Véase Harvey, *The condition of Postmodernity*, en especial, la tercera parte; Massey, “Politics and space/time”, 65-84; Ross, *The emergence of social space*, y Soja, *Postmodern geographies*. El llamado de Soja a la reafirmación del espacio en la teoría crítica, tantas veces citado, tiene la intención de sugerir que se ha dejado

categoría estática y neutral, un objeto prepolítico y poco más que una escena pasiva en la que los sujetos históricos actúan papeles asignados. Escribe Paul Carter: “Nuestra mirada ve *a través del espacio de la historia*, como si nunca hubiera estado ahí”.<sup>6</sup> Esta falta de perspectiva es problemática.

En primer lugar, los espacios escénicos niegan ciertos tipos de agencia: los lugares que la gente ha creado activamente –las transformaciones del *espacio en lugar*– aparecen preformadas y preordenadas, desligadas de cualquier significado y experiencia.<sup>7</sup> En la realidad del

---

al espacio fuera de la ecuación al aceptar sin mayor problema que *ya estaba ahí*. Hay una venerable tradición radical en la geografía de la que parten estos autores, y que viene desde *L’homme et la terre* de Reclus y “What geography ought to be” de Kropotkin hasta *The production of space* de Lefebvre y *Social justice and the city* de Harvey. Los estudios estructuralistas de la producción espacial se complementan con la tradición humanista en geografía que desnaturalizó el espacio a su propio modo. Véase la obra clásica de Tuan, *Space and place*.

<sup>6</sup> Carter, *The road to Botany Bay*, XIV. Las cursivas son mías.

<sup>7</sup> La distinción entre “espacio” y “lugar” es común, y la bibliografía es amplia. Si bien existe una variedad de definiciones, una básica sería que el “lugar” es el espacio al que se le ha dado significado y se le ha otorgado valor. Véase esta definición en Tuan, *Space and place: The Perspective of experience*, y Carter, Donald y Squires, eds., *Space and place: theories of identity and location*. El espacio y el lugar han funcionado como puntos fundacionales de partida para gran parte de los nuevos estudios sobre geografía cultural. Para visiones generales, véanse Gregory, *Geographical imaginations*, y Mitchell, *Cultural geography*. Puede encontrarse un cuidadoso pensamiento antropológico sobre la hechura de “lugar” en Gupta y Ferguson, eds., *Culture, power, place*; Wade, *Blackness and race mixture*; Feld y Basso, eds., *Senses of place*, y Basso, *Wisdom sits in places*. Algunos excelentes estudios históricos con sensibilidad hacia la noción de lugar que me han parecido útiles son: Denning, *Islands and Beaches*; Carter, *The road to Botany Bay*; Faragher, *Sugar Creek*; Richardson, *Possessions*; Roldán, *Blood and Fire*, y Appelbaum, *Muddied Waters*. La preeminencia de espacio y lugar como unidades organizadoras del análisis en los últimos años no debe sorprender, dadas las transformaciones forjadas en la vida social, política, cultural y económica por la globalización, internet y la acumulación flexible. La preocupación por el desarrollo desigual del capitalismo y lo que se percibe como una homogeneización espacial y cultural (a pesar de que la globalización rara vez arrasa con las diferencias entre los lugares, como algunos lamentan) ha generado una bibliografía dinámica sobre la relación entre lo global y lo local. Véanse discusiones especialmente sagaces y detalladas de la relación entre espacio y lugar, y el uso y la aplicación de los términos (con frecuencia acrílicos) en las batallas sobre la globalización, en Massey, “Places and their

recorrido, la gente hace su propia geografía así como su propia historia.<sup>8</sup> En la extensión plana de una cuadrícula con coordenadas los individuos no hacen ni una ni otra cosa, el lugar es intemporal, la historia es puesta en escena. La agencia, si acaso aparece, regresa como una apología del ejercicio del poder, como en los discursos de colonización tan ferozmente inquietantes de Frantz Fanon: “El colono hace historia; su vida es una epopeya, una odisea. Él es el comienzo absoluto: ‘Esta tierra la hicimos nosotros’. Es la causa permanente: ‘Si nos vamos, todo está perdido, esta tierra volverá a la Edad Media’ ”.<sup>9</sup> En el espacio escénico, sólo el colono hace historia. En otras palabras, en la medida en que el espacio se convierte en escenario, la historia se convierte en teleología. Las ambigüedades de (y las luchas en) la historia se reconcilian y suprimen mediante el orden espacial, al igual que las concesiones indefinidas lo hacen con lo inevitable. La complejidad, la contingencia, el desorden y la ironía que es la historia humana; las visiones alternativas de una vida mejor y las luchas libradas por esta causa; las miles de formas de organizar y concebir el espacio; las prácticas y relaciones espaciales que

---

pasts”, y Massey, *Space, place and gender*. Compárese su análisis con el de Harvey, “Between space and time”, quien ve la fetichización del lugar y lo local como una complicidad con el capitalismo tardío. Massey sugiere muy convincentemente que los movimientos sociales basados en el lugar y no ligados al lugar no tienen por qué ser presa de las fuerzas reaccionarias, de exclusión que teme Harvey. Véase una revisión filosófica panorámica en Casey, *The fate of place*.

<sup>8</sup> Aquí no es posible una bibliografía extensa, pero el punto se enfatiza con particular intensidad en dos obras que dibujan un puente sobre el siglo XX: *L’homme et la terre* de Reclus y *Orientalism* de Said. Said consistentemente sitúa a la geografía en el centro de su análisis del pensamiento y la práctica coloniales. La premisa unificadora de la serie de prácticas que Said identifica como orientalismo es geográfica: el colapso de más de la mitad del globo en una sola unidad de análisis, entendida como poseedora de coherencia y esencia. Véase *ibidem*, especialmente 49-72; Said, *Culture and imperialism*. Para un soberbio análisis social así como literario sobre la hechura y el funcionamiento de las geografías vernáculas, véase Pred, *Lost words and lost worlds*. Obviamente, la obra de Fernand Braudel es fecunda, sin embargo, pese a su gran sensibilidad hacia la geografía, Braudel sugiere repetidamente que la historia humana estuvo, en última instancia, determinada por la geografía. Véase especialmente Braudel, *La Méditerranée*.

<sup>9</sup> Fanon, *The wretched of the earth*, 51. Dos intentos recientes de hacer mella en estas historias de legitimación son: Carter, *The road to Botany Bay*, y Trouillot, *Silencing the past*, especialmente el capítulo 4.

se transformaron durante el proceso de la acumulación originaria y la formación del Estado y, en no menor medida que todo lo demás, las técnicas y tecnologías de dominación, todas ellas son arrasadas y neutralizadas en la búsqueda teleológica de la legitimidad, la coherencia fundacional y la naturalización del mundo social.

De esta forma, un énfasis insolente en la historia a costa del espacio es, colmo de paradojas, ahistórico. El espacio no sólo se exhibe a sí mismo ante el mundo como si fuera de algún modo ontológicamente anterior a los códigos culturales y semióticos usados para expresar su existencia. Estos mitos de la mimesis convierten lo histórico en lo natural, ocultando sus fundamentos sociales, culturales y políticos. Observa Lefebvre: “El espacio es producido [y] si hay un proceso productivo, entonces nos referimos a la *historia*”.<sup>10</sup> Y al poder, dice Foucault, hablando de espacio: “al localizar las implantaciones, las delimitaciones, la demarcación de objetos, las escenificaciones, las organizaciones de dominios, lo que salía a la luz eran los procesos –históricos, desde luego– de poder”.<sup>11</sup> Sin embargo, si congelamos el eje espacial, hacemos invisible este proceso histórico de producción y su vínculo con el poder.

La comprensión misma del espacio como escenario *tiene* una historia inextricablemente ligada a la abstracción social del intercambio de mercancías y a la abstracción política del Estado moderno y territorial.<sup>12</sup> Una etapa fundamental en el desarrollo capitalista fue el desarrollo de la idea misma de *escena*. En el siglo XVI, la aplicación de los principios de la geometría euclidiana a la representación espacial, con el fin de crear una “ilusión realista” del espacio tridimensional en una superficie bidimensional, dio expresión artística a una nueva “forma de ver” que empezaba a desarrollarse. La geometría que estructura el espacio en perspectiva fue por sí misma crítica del crecimiento de las actividades íntimamente vinculadas al capitalismo moderno, como la contabilidad

<sup>10</sup> Lefebvre, *The production of space*, 46, énfasis en el original.

<sup>11</sup> Foucault, “Questions of geography”, 70.

<sup>12</sup> El siguiente párrafo retoma a Lefebvre, *The production of space*; Cosgrove, “Prospect, perspective and the evolution of the landscape idea”; Harvey, *The condition of postmodernity*, especialmente la tercera parte; Edgerton, *The Renaissance rediscovery of linear perspective*, y Jay, *Downcast eyes*.

por partida doble, la agrimensura y el surgimiento de la propiedad real.<sup>13</sup> De una importancia igualmente crucial fue que, al suponerse que el espacio en perspectiva era un mero reflejo de las propiedades inherentes al espacio mismo puesto que se basaba en principios geométricos, una nueva forma de ver, indisociable de las transformaciones políticas, económicas y sociales de la época, se convirtió en *la* forma de ver.<sup>14</sup> El espacio –ahora sujeto a las leyes universales de la ciencia, al arte de gobernar y a la economía política– adquirió una existencia científica y fáctica como objeto observable desvinculado de significado, experiencia y política. Situado en una red de coordenadas uniformes y matemáticamente configuradas, el espacio se convirtió en algo autoevidente, una superficie social e históricamente plana que se presta para su circulación, posesión y control.<sup>15</sup> Lo que ahora veía el mundo era un escenario, como lo proclamaba William Shakespeare mientras sus actores desempeñaban sus papeles en el bien llamado Globe Theatre.

La conexión entre el espacio que sirve como escenografía y la cartografía es íntima. El sistema ordenado de coordenadas lineales es la gráticula de la cartografía moderna, la retícula epistemológica y metodológica de longitud y latitud que imaginariamente envuelve el globo. Una vez coordinado, todo el espacio realmente *ha entrado ahí*, su realidad ha quedado predicha en las coordenadas globales que postulan su existencia misma. La cartografía moderna, fundada sobre los mismos principios geométricos y matemáticos que el espacio en perspectiva, tomó forma como una ciencia supuestamente objetiva que mediaba entre la realidad espacial y la percepción humana de esa realidad. Sus

<sup>13</sup> Cosgrove, “Prospect, perspective, and the evolution of the landscape idea”; *The Condition of postmodernity*. También véase Rotman, “The technology of mathematical persuasion”, en Lenoir, ed., *Inscribing science*.

<sup>14</sup> Cosgrove, “Prospect, perspective, and the landscape idea”, 51. Véase una visión más amplia de estas transformaciones, aunque aún con un sentido de la revolución espacial que ambas requirieron y facilitaron en Anderson, *Lineages of the Absolutist State*.

<sup>15</sup> De hecho, Paul Carter ha argumentado que “la idea misma de invasión y colonización presupo una concepción teatral del espacio”. Véase Carter, *The lie of the land*, 365. También véanse O’Gorman, *The invention of America*; Hillis, “The power of the disembodied imagination: perspective’s role in cartography”; Edgerton, *The Renaissance rediscovery of linear perspective*, y Agnew, *Worlds apart*.

productos –mapas– adquirieron una pureza incorpórea, que los hace funcionar como ventanas transparentes hacia un espacio preexistente. No hay, sin embargo, “percepción inmaculada”, como sarcásticamente recuerda Nietzsche a sus lectores.<sup>16</sup> Los mapas no son más transparentes que el lenguaje que, con el debido respeto hacia los realistas literarios, conlleva una serie de presupuestos normativos y premisas ideológicas.<sup>17</sup> El poder del mito de la mimesis es su capacidad de velar esos presupuestos y premisas –esos intereses– tras una cortina tanto de objetividad como de neutralidad.<sup>18</sup> Pero lo que sí refleja el mapa es la relación entre los modos de representación y las prácticas materiales de poder.

#### Una historia espacial de México

Los estudiosos de la historia moderna de México han dedicado relativamente poca atención al trazo de mapas, la agrimensura y la exploración, a diferencia de las diversas administraciones que han gobernado (o querido gobernar) el país desde su independencia en 1821.<sup>19</sup> Los

<sup>16</sup> Citado en Jay, *Downcast eyes*.

<sup>17</sup> Véanse críticas del realismo literario en Eagleton, *Literary theory*, y en White, *The content of the form*.

<sup>18</sup> Esto se ha articulado con mayor persistencia en la obra del finado J. B. Harley. Véanse sus ensayos reunidos en Harley, *The new nature of maps*, y su “Rereading the maps of the Columbian encounter”. Una crítica útil de Harley y su uso de Foucault y Derrida se encuentra en Belyea, “Images of power Derrida/Foucault/Harley”. Hay excelentes trabajos que fundamentan y complican históricamente las articulaciones teóricas de Harley en Mundy, *The mapping of New Spain*; Edney, *Mapping an empire*; Burnett, *Masters of all they surveyed*, y Michael, *Separating the yam from the boulder*.

<sup>19</sup> Entre las excepciones se cuentan Holden, *Mexico and the survey of public lands*; García Martínez, “La Comisión Geográfico-Exploradora”; Rebert, *La Gran Línea*; Mendoza Vargas, ed., *México a través de los mapas*; Mendoza Vargas, *Historia de la geografía en México: siglo XIX*, y Tutino, “Agrarian social change”. El periodo colonial ha llamado más la atención. Como ejemplos, véanse Acuña, ed., *Relaciones geográficas del siglo XVI*; León-Portilla y Aguilera, *Mapa de México-Tenochtitlán y sus contornos hacia 1550*; Mundy, *The mapping of New Spain*; Gruzinski, *The Conquest of Mexico*; Trabulse, *Cartografía mexicana*; Mignolo, “Colonial situations, geographical discourses, and territorial representations”; Mignolo, *The darker side of Renaissance*, especialmente la tercera parte, y Aguilar

funcionarios, burócratas y el personal militar del México independiente dependían fuertemente de la serie de rutinas cartográficas –exploración, agrimensura, denominación de lugares y levantamiento de mapas– a fin de gobernar con mayor eficiencia. Más que simples instrumentos del arte del buen gobierno, estas rutinas cartográficas son un significativo punto de referencia para entender a cabalidad una modalidad y una metodología de gobierno. Por ejemplo, las actividades de la Comisión Geográfico-Exploradora (CGE), la primera institución federal encargada de la exploración y el trazado de mapas, tema de los capítulos “Conocimiento situado: la Comisión Geográfico-Exploradora, I” y “Avances espaciales: la Comisión Geográfico-Exploradora, II”, son reveladoras de la cultura del gobierno, así como lo son las declaraciones políticas y los decretos legislativos. Efectivamente, su gran preocupación con el orden espacial, el rigor científico y la visualidad fueron parte de una concepción fundamental más amplia de gobierno sustentada en un principio básico del arte, la teoría y la práctica del gobierno moderno: la fijeza universal.

Las rutinas cartográficas ofrecían una promesa simple pero importante: darían al espacio una significación estable, lo que permitiría una más efectiva apropiación, transformación y regulación. En el habla de la época, permitirían “fijar” la tierra como un escenario estable, visible y legible. Por una parte, las prácticas cartográficas producían textos materiales sobre el espacio en forma de mapas, títulos, escrituras y descripciones que podían archivar y a las que se daría fuerza legal. Al mismo tiempo, producían el espacio mismo como un texto por medio de la inscripción de líneas, puntos, parcelas y nombres de lugares. De hecho, los burócratas agrarios, los expertos en desarrollo y una gama de funcionarios federales y regionales en el México moderno tenían una verdadera obsesión con la fijeza espacial de este tipo. A fin de destacar esta obsesión de perdurar, remito a los diversos proyectos cartográficos que promovieron –la privatización de las tierras comunales, la demarcación y archivo de los límites de poblaciones, municipios,

---

Robledo, *Land use, land tenure, and environmental change*. Véase un panorama general de esta obra en Craib, “Cartography and power in the conquest and creation of New Spain”.

estados y de la nación; la determinación de las corrientes de agua y los derechos ribereños, para sólo nombrar unos cuantos— como *fijaciones del Estado*.

La fijeza representacional, en particular a nivel nacional, tenía un gran valor simbólico. El efecto acumulativo de las prácticas del trazado de mapas y la agrimensura dieron a una política fragmentada en otros aspectos una unidad estética y visual, y a una entidad imaginada, una tangibilidad muy material.<sup>20</sup> El potencial simbólico de la representación cartográfica, según argumento en el primer capítulo (“El terreno de la tradición”, impulsó a diversas administraciones a persistir con tenacidad en la creación de una “carta general” del país en los años inmediatamente posteriores a la Independencia. En la medida en que la pérdida de territorios y las invasiones extranjeras dejaron su huella en el paso del tiempo, los mapas nacionales cobraron una importancia aún mayor como medios para establecer los límites de la soberanía territorial y para otorgar una tangibilidad textual a una entidad por lo demás metafísica, ayudando en efecto a crear lo que se proponían únicamente representar. También funcionaron para legitimar las aspiraciones al gobierno de una elite de reciente ascenso: después de todo, “representar conjuga la política y la poética”, puesto que significa tanto “hablar de” como “hablar por”.<sup>21</sup> Los mapas nacionales no sólo imaginaron el Estado-nación hasta darle existencia, sino que también funcionaron como un medio mediante el cual se podía propiciar una mayor eficacia para dotar de imagen, propagar y hacer circular un objeto; hacerlo circular —como sugiero en el capítulo “Avances espaciales: la Comisión Geográfico-Exploradora, II”— no sólo para los sujetos planteados por uno mismo, sino también para los inversionistas extranjeros impacientes por ver una imagen *representativa* de la estabilidad política y la predictibilidad espacial necesaria para las inversiones redituables.

<sup>20</sup> Sobre el Estado como el efecto estructural, metafísico de una multitud de formaciones multidisciplinares (muchas de ellas espaciales), véase Mitchell, “The limits of the State”, y Mitchell, *Colonising Egypt*. Véase asimismo el clásico planteamiento de Abrams en “Notes on the difficulty of studying the State”.

<sup>21</sup> Comaroff y Comaroff, *Of revelation and revolution*, 1:15; véase asimismo Agnew, *Worlds apart*, 102.

En un nivel más práctico, la exploración, el trazado de mapas y la agrimensura se convirtieron en los medios para identificar y asumir el control sobre los recursos, para reconfigurar las relaciones de propiedad y para generar conocimiento del territorio. Estas actividades fueron instrumentos en el proceso de la integración territorial, al punto en que se puede argumentar plausiblemente que el Estado y la cartografía son recíprocamente constitutivos.<sup>22</sup> En México, los proyectos cartográficos se multiplicaron rápidamente al finalizar la guerra del 47 contra los Estados Unidos y tras la promulgación de la Constitución de 1857. Después de décadas de pronunciamientos, invasiones, mutilación territorial y pleitos internos, el Estado liberal procuró centralizar el poder y alcanzar un mínimo de estabilidad. Las actividades mundanas como la exploración y la agrimensura adquirieron una enorme importancia: la información que proporcionaban ayudaría a producir el tipo de conocimiento oficial, plasmado en mapas, tan esencial para el gobierno efectivo de regiones distantes. Dichas actividades ayudarían, por ejemplo, a las agencias a localizar y a administrar los recursos, a mediar en las reclamaciones sobre los derechos de tierras y aguas y a establecer control sin depender del conocimiento local.

Tan sólo por estas razones es notoria la ausencia de un análisis sostenido de la agrimensura y la hechura de mapas en la historiografía del México moderno, y lo es más si consideramos el papel central adjudicado a estas prácticas como factores causales de la Revolución mexicana del siglo XX.<sup>23</sup> La importancia de la figura del agrimensor en la historia moderna de México no será nunca, a mi manera de ver, suficientemente subrayada. Como planteo en los capítulos “Lotes

<sup>22</sup> Véase Wood, *The power of maps*; Escolar, “Exploration, cartography, and the modernization of State power”, y Kain y Baigent, *The cadastral map in the service of the State*.

<sup>23</sup> *Mexico and the survey of public lands*, de Holden, es una excepción que demuestra lo que podría ganarse con estos estudios. Su obra dio a conocer que es necesario revisar los relatos típicos de las compañías deslindadoras hambrientas de tierras que despojaban sin distinción a los pueblos con el apoyo del presidente Porfirio Díaz. Un llamado más reciente a poner mayor cuidado al proceso de división de la tierra es Kourí, “Interpreting the expropriation of Indian Pueblo lands”. Un buen comienzo es, del mismo autor, “The business of the land”, sobre las divisiones de tierra en Papantla, Veracruz, a fines del siglo XIX.

regulares” y “Espacios revolucionarios”, los decretos legislativos y los discursos de los gobernadores no dividieron las tierras antes de la Revolución ni crearon los ejidos una vez que ésta pasó. Fueron los agrimensores. Estos últimos no se convirtieron en extensiones pasivas de instrumentos objetivos ni tampoco constituyeron un grupo homogéneo y transparente de lacayos al servicio del Estado o de los terratenientes. No obstante, tuvieron algo en común: a menudo aparecen en las regiones rurales como intermediarios entre un Estado abstracto (y sus políticas) y las poblaciones locales que eran afectadas por dichas políticas. La gente vive “el Estado” igual que vive “el mercado” o “el capitalismo”, no como una abstracción general sino como una serie de manifestaciones con un rostro muy humano: jueces, notarios públicos, destacamentos de policías, recaudadores de impuestos... y agrimensores. En el México rural, tanto antes como después de la Revolución, los agrimensores se contaban entre las figuras más conspicuas por medio de las cuales los vecinos de los pueblos *vivían* algo conocido como “el Estado”.

Al mismo tiempo, si los habitantes de los pueblos generalmente vivían el Estado bajo la forma del agrimensor, los funcionarios federales y una burocracia floreciente “veían” o llegaron a conocer el campo a través del agrimensor. Esto resulta particularmente cierto en el caso de los ingenieros militares encargados de trazar itinerarios (tema planteado en el capítulo “Conocimiento situado: la Comisión Geográfico-Exploradora, I”) que combinan la agrimensura con la exploración. Gran parte de México, como espacio topográfico y como “recurso” natural, se encontraba mucho más allá del horizonte de los conocimientos oficiales. La necesidad de explorar estos territorios se presenta con una regularidad mántrica en la retórica oficial a lo largo del siglo XIX y hasta bien entrado el siglo XX. El tristemente célebre dictador decimonónico de México, Porfirio Díaz, asignó la tarea a los ingenieros militares de la CGE. Éstos tenían a su cargo, por una parte, la creación de un “mapa perfecto” del país, de modo que estos agrimensores recorrieron el país reuniendo los datos necesarios para producir un *conocimiento estructurado* de la topografía física en forma de mapas. Como sugiero en el capítulo titulado “Conocimiento situado: la Comisión Geográfico-Exploradora, I”, las actividades dinámicas y

radicalmente *inestables* de los agrimensores y exploradores de la CGE crearon una imagen muy *estable* de la topografía, reduciendo un mundo complejo a proporciones manejables y configuraciones cuantificables. Sus puntos de vista fundamentados se convirtieron en panoramas que permitieron a los funcionarios del Estado ver a una escala adecuada y administrar más eficazmente.<sup>24</sup> Sin embargo, detener aquí el análisis equivaldría a perder una consecuencia clave, aunque no formara parte de los propósitos originales: mediante sus exploraciones e interacciones, los agrimensores de la CGE reunieron simultáneamente una enorme cantidad de conocimiento situado de la topografía social y política junto con la topografía física del país. La comprensión profundamente contextualizada que adquirieron de las regiones y localidades específicas en las que trabajaron los convirtieron en candidatos de primera línea para ocupar cargos de poder político en esos mismos lugares.

El agrimensor es un protagonista necesario en esta historia; pero no es el único. Un México cartografiado no fue resultado únicamente de la labor de ingenieros militares y civiles o del trabajo meticuloso de los cartógrafos metropolitanos. A lo largo de este libro, investigo el papel fundamental que la gente local (sobre todo los agricultores rurales del estado de Veracruz) tuvo en la agrimensura y el trazo de mapas del país. Las gente local no sólo fue reflejo fugaz en el horizonte de los agrimensores, sino agente en la historia espacial, tanto propia como de México. Aunque no se quedaron cruzados de brazos al ver a los agrimensores aparecer en el horizonte, su papel tampoco puede reducirse a algo tan estereotipadamente simple como una romántica resistencia presentada ante la fuerza arrolladora de la cartografía. Estas personas no sólo comprometieron consistentemente a los agrimensores a hacerse cargo de estabilizar el suelo que pisaban, sino que sus prácticas agrarias, sus

<sup>24</sup> El proceso de reducir un mundo complejo mediante tales simplificaciones del Estado es analizado con gran agudeza por James C. Scott en *Seeing like a State*. Mi estudio tiene una deuda significativa con el libro de Scott, aunque he de decir que el Estado mexicano moderno no fue en ningún momento de su historia “alto-modernista”, como los que llaman la atención de Scott. Véase asimismo De Certeau, *The practice of everyday life*, especialmente la tercera parte, y Burnett, *Masters of all they surveyed*.

concepciones de la historia y la geografía y la política local, todas ellas, complicaron y reformularon radicalmente los proyectos que aquéllos tenían encomendados.

A decir verdad, fue muy frecuente que las fijaciones del Estado acabaran siendo frustraciones del Estado. Al *pisar* tierra firme, las fantasías de fijeza *encallaron*. Las autoridades regionales, los agrimensores y los cartógrafos militares no se toparon (tampoco esperaban hacerlo) con los espacios en blanco tan típicos de la imaginación imperial. Se encontraron con el tipo de lugares que teóricamente su propio trabajo debía reconciliar y suplantar. Se enfrentaron a lo que llamaré *paisajes fugitivos*.<sup>25</sup> En sus mediciones de propiedades y recorridos, muchas veces se hallaron en tierras caracterizadas por múltiples jurisdicciones políticas y derechos de uso, fronteras indefinidas y toponimias inconsistentes, así como con sistemas de tenencia y propiedad fuertemente contextualizados. De hecho, éstos eran escenarios intensamente locales, no eran paisajes de ninguna manera, sino lugares creados y recreados a través de los prismas de la memoria, la sabiduría práctica, el uso y las decisiones tomadas colectivamente y no a través de la lente de la instrumentación.<sup>26</sup>

Sin embargo, sugerir que estos paisajes frustraron el sueño de la fijeza universal perseguido por el Estado liberal –el que haría que los derechos de propiedad, las leyes y las identidades de cualquier lugar fueran exactamente como aquellos de cualquier otro lugar y por ende como el mercado, completamente desprovisto de lugar– no equivale a decir que los pobladores tenían muy poco sentido, si acaso, de fijeza por cuenta propia. Por ejemplo, los habitantes de la región central de Veracruz no fueron los antecedentes proféticos de nuestros campeones contemporáneos de espacios “terciarios” o “intermedios”, que se descubren en las contranarrativas antiesencialistas. Expresaban sus propias fijaciones en cuanto a la propiedad, el territorio, la identidad y la

<sup>25</sup> Sobre la “cualidad de fugitivo”, véase Fritzsche, *Reading Berlin, 1900*; Berger, *Ways of seeing*, y Deleuze y Guattari, *A thousand plateaus*, especialmente el capítulo 12.

<sup>26</sup> Sobre las poderosas asimetrías implicadas en el término “paisaje”, véase Williams, *The country and the city*. Agradezco sus comentarios sobre estas cuestiones a Aldo Lauria-Santiago.

historia. De hecho, precisamente esta es la razón por la cual aquellos que estaban siendo “cartografiados” no optaron sencillamente por dejar que se hicieran las cosas o por acceder y ya, y por la que las mediciones solían ser encuentros muy intensos. Quizá la agrimensura sea una práctica científica, pero no se realiza en un ambiente vacío o controlado. Tanto antes como después de la Revolución, los agrimensores pronto se enredaron en las historias, los conflictos y los contextos locales que teóricamente debían permanecer ajenos a su trabajo. Y se encontraron con que eran objeto de un minucioso escrutinio, constantemente sometidos a las influencias, presiones y amenazas de una serie de pobladores rurales. Por ejemplo, los grandes terratenientes temían los procesos formales de escrituración y preferían limitar el poder del informe de un agrimensor. Por su parte, los habitantes de los pueblos no se quedaban admirados ante la primera persona que se encontraran cargando misteriosos instrumentos. Sabían demasiado bien que los instrumentos objetivos forjan consecuencias políticas y sociales. Más precisamente, como lo expongo en el capítulo “Lotes regulares”, en muchas instancias las autoridades del pueblo *eran* los agrimensores, un recordatorio útil de que “el Estado” y “lo local” difícilmente constituían dominios que se excluyeran mutuamente. Pero aun cuando los agrimensores llegaran de fuera, la gente del pueblo no necesariamente contribuía o se resistía a los diversos proyectos que estos individuos tenían la misión de concretar. Claro que a veces sí los ayudaban o les dificultaban la tarea; pero en muchos casos se apropiaban de algunos aspectos de los proyectos rearticulándolos para sus propios fines. Por su parte, los agrimensores dependían de las propias imágenes y concepciones vernáculas cuyos proyectos debían reemplazar, y su trabajo a menudo adolecía de los mismos rasgos que ellos atribuían a los habitantes de los pueblos: localismo, una política de miras estrechas y el interés propio.<sup>27</sup> La creación espacial de México fue un proceso mucho más ambivalente y dialéctico que una arrolladora fuerza del Estado

<sup>27</sup> Véase en Feyerabend, *Against method*, una poderosa crítica de las pretensiones de la ciencia a la objetividad y la racionalidad, a ser un tanto menos contextual y contingente que el conocimiento local que dice superar. Véase asimismo Latour, *Science in action*, y Lenoir, ed., *Inscribing science*.

capaz de imponer sus visiones en cualquier área rural, aquiescente o intransigente.<sup>28</sup>

En suma, fue mediante una serie de actividades y procesos diarios, de luchas y adaptaciones desarrolladas en múltiples niveles y registros, que tuvo lugar una historia espacial del Estado. Las actividades como la medición de las propiedades, las exploraciones de la CGE o la delimitación de límites realizadas por las autoridades quizá carezcan de la fuerza narrativa de las rebeliones y las revoluciones que tanto llaman la atención de los académicos; quizá hayan sido menos *extraordinarias*, pero no fueron menos dramáticas. Parte de “una épica de lo ordinario”, se fraguaron con consecuencias de largo alcance.<sup>29</sup> Después de todo, fue mediante estos encuentros burocráticos, interacciones cotidianas e intercambios documentales que se (re)asignaron significados y nombres a estos espacios, que fueron ordenados y divididos, naturalizados y significados y, al menos teóricamente, constituidos y regulados. Poco sorprende que a medida que los conflictos de tierras y la autonomía política avanzaron al paso de la formación del Estado liberal, los agrimensores y no los soldados aparecieron como las figuras más turbadoras (o promisorias) en el horizonte; las cadenas de medición, al igual que los rifles, se convirtieron en talismanes de poder, y los títulos y mapas se convirtieron en armas poderosas.

### Método y estructura

Esta no es una historia de mapas ni de paisajes. Es una historia de seres humanos, y a lo largo de este estudio he intentado anclar mi análisis con historias de los archivos nacionales, regionales y locales que a mi parecer ilustran las tendencias más generales que me interesan. El punto focal es el estado de Veracruz, cuya importancia

<sup>28</sup> Los vibrantes estudios sobre la formación del Estado mexicano han sido una evidente fuente de inspiración. Véase especialmente Joseph y Nugent, eds., *Everyday forms of State formation*; Escalante Gonzalbo, *Ciudadanos imaginarios*; Nugent, *Spent cartridges of Revolution*; Mallon, *Peasant and nation*; Guardino, *Peasants, politics, and the formation of Mexico's National State*, y Vaughan, *Cultural politics in Revolution*.

<sup>29</sup> Comaroff y Comaroff, *Of revelation and revolution*, 2:29.

estratégica, agrícola e industrial en el siglo XIX y principios del XX le dio una preeminencia geográfica particular en el pensamiento de los gobiernos nacionales. No es de extrañar que también ocupara un lugar destacado en la amplia gama de proyectos cartográficos que señalaron, delinearon y nombraron al paisaje mexicano.

Lo que sigue no es una narrativa singular, unificada. Es, al contrario, una serie de ensayos relativamente independientes, pero relacionados y sobrepuestos cronológicamente en los que se tratan diferentes proyectos federales y regionales interesados en la fijeza espacial, y por ende contingentes a la exploración, el trazado de mapas y la agrimensura. Elegí tal estrategia en parte porque la cantidad y la diversidad de material cartográfico producido en el México del siglo XIX y principios del XX descartan cualquier examen exhaustivo.<sup>30</sup> Al mismo tiempo, quería moverme más allá de un análisis de cualquier proyecto en especial a fin de atrapar la amplitud misma, la heterogeneidad y la ubicuidad de los proyectos de base cartográfica promovidos por el Estado en el periodo. Por último, quise poner el énfasis en que la cartografía mexicana fue resultado de una variedad de proyectos poco relacionados entre sí y relativamente difusos, no de algún plan coherente, unificado. Con lo anterior no quiero decir que estos procesos dispersos y fragmentarios no tuvieron efectos poderosos y sistemáticos.<sup>31</sup> Aunque no hayan sido concebidos como un plan integral, los proyectos cartográficos tuvieron sin embargo un efecto acumulativo, pues propagaron la idea del Estado, incrementaron su presencia y reforzaron su peso: en el lugar físico, proveyendo a las autoridades del conocimiento estructurado y localizado de las regiones cuya administración estaba a su cargo, y en

<sup>30</sup> No me ocupo, por ejemplo, de las mediciones y trazado de mapas de las tierras públicas de México. Ya existe un excelente estudio sobre el tema bajo la forma de *Mexico and the survey of public lands* de Holden. Tampoco trabajo las mediciones y el trazado de las fronteras nacionales de México, omisión intencional de mi parte porque las fronteras nacionales se han fetichizado excesivamente en gran parte de los estudios sobre agrimensura y cartografía. Rebert, *La Gran Línea*; Hall, ed., *Drawing the borderline*; y De Vos, *Las fronteras de la frontera sur*, son estudios útiles sobre la formación de las fronteras nacionales mexicanas.

<sup>31</sup> Ésta es una premisa básica de la noción de gobernabilidad de Michel Foucault. Véase Burchell, Gordon y Miller, eds., *The Foucault effect*. También véase Ferguson, *The anti-politics machine*.

el papel, mediante la producción de mapas y abultados tomos de datos geográficos y estadísticos.

La cuestión es no confundir el *producto* con el *proceso*. La fachada unitaria y lisa de cualquier imagen puede servir para escindir la de la multitud de conflictos, confrontaciones y contingencias que intervinieron en su propia construcción. En consecuencia, la imagen final –y, muy importante, *una autoimagen*– parece confirmar sencillamente la inevitabilidad de determinado momento histórico y expresión espacial. Ver algún plan maestro (alguna mano invisible) detrás de todo esto es confundir la intención con el efecto y sirve para eliminar la imagen final de los procesos cotidianos históricos y sociales (no meramente técnicos) que condicionaron su creación. Más precisamente, es privilegiar y perpetuar un espacio escénico apreciado y teleológico, y en este caso el espacio *del Estado*, que siempre estuvo en un proceso de llegar a ser.

En el primer capítulo, “El terreno de la tradición”, examino cuestiones de representación y soberanía nacional en el México decimonónico a través de la perspectiva del primer mapa nacional publicado del México independiente, la *Carta general de la República Mexicana* de 1858, de Antonio García Cubas. Sugiero que los proyectos cartográficos nacionales, como el de García Cubas –y las formas en que vinculó la historia y la geografía–, desempeñaron un papel crítico en la búsqueda de legitimidad y orden después de la guerra del 47 contra los Estados Unidos.

Los siguientes dos capítulos ponen el énfasis no en la soberanía nacional sino en la individual y se mueven de los recargados salones de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística a las pendientes templadas de la sierra veracruzana en el este de México. Llevo mi atención hacia los intentos del Estado por medir y deslindar las tierras comunales en la última mitad del siglo XIX. Antes de que las tierras pudieran repartirse, hubo que determinar los límites de los poblados y los municipios. En el segundo capítulo, “Paisajes fugitivos”, me concentro en esos intentos por delinear y trazar los linderos, subrayando dos cuestiones que hicieron esta tarea de lo más difícil para las autoridades: una falta de conocimiento textual y práctico del terreno y las formas en que los nuevos esfuerzos por fijar límites entraron en conflicto con los usos y costumbres. En el tercer capítulo, “Lotes regulares”, me desplazo hacia el proceso mismo del reparto de la tierra. Un examen

cuidadoso de las interacciones entre los agrimensores, los vecinos del pueblo y los terratenientes sugiere que la resistencia al reparto de tierras, cuando la había, no se explica por un antiliberalismo innato de parte de la gente del pueblo, sino por sus experiencias con los asuntos prácticos de la ejecución.

El cuarto (“Conocimiento situado: la Comisión Geográfico-Exploradora, I”) y el quinto capítulo (“Avances espaciales: La Comisión Geográfico-Exploradora, II”) oscilan entre un nivel de análisis regional y uno nacional, examinando los trabajos de la Comisión Geográfico-Exploradora (1877-1914), que mantuvo su sede durante casi toda su existencia en Xalapa, Veracruz. El cuarto capítulo (“Conocimiento situado: la Comisión Geográfico-Exploradora, I”) revisa las primeras dos décadas de vida de la institución. Destaco el papel dominante desempeñado por los militares federales en la agencia y llamo la atención hacia la importancia crítica que tuvieron la exploración y los recorridos, así como el conocimiento “estructurado” y “situado” en que generaron, en la consolidación del régimen y la capacidad administrativa de Díaz. El quinto capítulo (“Avances espaciales: la Comisión Geográfico-Exploradora, II”) sigue el desempeño de la comisión a lo largo de las últimas décadas de su existencia, tomando como eje la relación entre el orden espacial y las ideas y representaciones del progreso porfiriano.

En el sexto capítulo (“Confusiones fluviales”) examino un conflicto determinado por los derechos sobre el agua entre un propietario extranjero de una mina y los munícipes de un pueblo en un remoto cañón de Veracruz. Analizo cómo ambas partes utilizaron nombres contradictorios en los mapas del estado, incluyendo los de la CGE, para establecer sus derechos sobre una corriente de agua, motivo de la disputa. Al repasar la forma en que las autoridades federales mediaron en el conflicto y las maneras en que las mismas partes en discordia se basaron en imágenes y nombres diversos para hacer sus reclamaciones, se muestra por qué el establecimiento de los nombres de lugares resultó fundamental en la centralización del poder del Estado. Pero lo más importante es que se expone la forma en que el proceso mismo de fijar los nombres de lugares y corrientes de agua acrecentó la legitimidad del poder de las burocracias federales cuya misma legislación había dado origen a los conflictos por principio de cuentas.

El séptimo capítulo (“Espacios revolucionarios”) traslada la discusión a la era posrevolucionaria para trazar las continuidades y disyunciones en los proyectos del Estado y las relaciones agrarias. Analizo el proceso de la reforma agraria tal y como se desarrolló a partir de la emisión de varios decretos durante la Revolución hasta la consolidación del Estado durante el sexenio de Lázaro Cárdenas, en la década de 1930. El ejido ha llegado a ser correctamente entendido como uno de los principales medios mediante los cuales el Estado posrevolucionario alcanzó la estabilidad y logró que el campesinado se vinculara a él en una relación vertical de reciprocidad. Pero las consecuencias no son las mismas que las intenciones. El ejido y el mismo Estado posrevolucionario fueron entidades gradualmente moldeadas por medio de múltiples niveles de conflicto tanto en la historia como en la geografía.

Concluyo el libro con un breve epílogo en el que sugiero que los argumentos más generales contenidos en el estudio tienen alguna relevancia para cuestiones contemporáneas en México. Vuelvo a la fantasía catastral de Miguel de la Madrid y la relaciono con cambios mayores que dan forma al Estado mexicano, incluyendo las recientes reformas del ex presidente Carlos Salinas de Gortari al sistema ejidal, que se presentan como un esfuerzo más en la venerable búsqueda de transparencia, predictibilidad y fijeza espacial necesarias para las ganancias y el gobierno. En una época de “globalización” e “integración” neoliberal –ambas metáforas eminentemente espaciales–, la política de espacio, lugar e historia es tan intensa como siempre.